

correr, no podía repar sino muy lejos; y si con la punta del cuerno le acertara, no le balieran armas ni defensa alguna para no perder allí la vida. El toro bolbió cuando Lidamarte, buelto en sí, iba levantándose, abetido de su peligro y del toro que bolví. Con gran tiento le aguardó, urtándole el cuerpo; él pasado, llegóse al árbol, y tornando a tomar el otro cavo de la sogá, echa otra laçada, se puso a aguardar. E esto el toro benía, y con el mismo tiento y buen suceso le enlaçó, dexándole acer sus bramuras, tiró de la sogá del primero que ya más manso estava y no sin grandísimas fuerças que ubo menester, le lle-

gó muy junto, y pegado al árbol, después de así tenerlo, començó a tirar del postero, que con no menor dificultad le juntó con su compañero. Luego allí asió de un yugo y coyundas que allí estavan, y sin poderlos sacudir de sus ya domadas cervices, se las echó acia éstas, con que muy mansos los dexó, echádoles juntamente un arado que aparexado alló. Desatándolos del árbol, començó con ellos como mejor supo arar la tierra de entre el templo y el muro.

Después de arada, sintiéndose cansado, sobre una gran piedra que allí estava, se sentó a descansar. (ff. 45r-46v).

52. LIDAMOR DE ESCOCIA

de Juan de Córdoba
(1534)

por
Rafael Ramos

TESTIMONIO

[1] 1. Salamanca, [¿Juan de Junta?], a costa de Juan de Córdoba, 1534 [→]

TEXTOS

1. Las armas del héroe

No anduvieron mucho cuando fueron a dar donde los padrones estavan, y luego apeáronse de sus cavillos para provar el [aventura]. El primero que quiso proballa fue Roseldos de Irlanda, y luego se fue para el primer ídolo, que el arco tenía. Cuando cerca d'él quiso llegar, el ídolo hizo señal de tirarle la flecha, y llegando más cerca el ído-

lo hizo muy grandes señales, por donde Lidamor pensó que Roseldos acabaría el aventura. Mas, como más cerca d'él llegó, el ídolo se estuvo quedo, que no hizo semblante ninguno. Llegándose a él Roseldos, assióle del arco, más luego sentió que le empuxavan hazia atrás malamente. Sintiendo gran turbación en sí se tiró afuera, diziendo que aquella aventura no estava para él guardada. Y luego se fue al ídolo que tenía el espada, diziendo:

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 1842. **EDICIÓN:** Rafael Ramos (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, en prensa. **GUÍA DE LECTURA:** Sáenz Carbonell (1999).

—Quiera Dios que halle mejor dicha contigo que no con tu compañero, el cual lo á mirado muy mal conmigo, que no me dexó llegar a sí, que luego me hizo apartar afuera.

Así hablava Roseldos con él como si bivo fuera. Y llegando cerca del ídolo hizo señal, la cual hasta aí no avía hecho a ningún cavallero de los que se avían ido a provar. Fue la señal que escrimió el espada tan reziamente que parecía quererle dar con ella gran golpe, pero desde junto con él llegó ívale a echar mano del espada, mas luego se tiró afuera el buen Roseldos, diziendo que aquella aventura no estava para él aguardada. Y luego se fue para el otro ídolo, que tenía el yelmo en las manos, mas tanto hizo como al primero. Y [apartóse] afuera, diziendo:

—Todavía me conviene provar el Aventura de la Corona. Quiçá hallaré mejor dicha que no en las armas.

Y así se fue para el ídolo que la corona tenía. Y desde con él llegó, el ídolo hizo un semblante de quererle poner la corona en la cabeça; lo cual visto por él, se puso con mucha alegría de manera que el ídolo pudiesse ponerle la corona en la cabeça, diziendo:

—D'esta hecha, corona tengo para cuando sea rey.

Mas su pensamiento fue en vano, que cuando él pensó que el ídolo baxava las manos a ponerle la corona, entonces pareció alçarse más alto el braço que tenía la corona, y aquella hora le dieron un tal empuxón que por poco no fuera a besar la tierra. Viendo el fruto que sacava su ardança allí, tiróse afuera diziendo:

—D'esta hecha, no pienso quedar con corona ni quitar a mi compañero de provar el aventura. Mas si tan mal recibimiento halla como yo tanpoco terná corona para cuando sea rey.

Y así se quedó donde Lidamor estava, espantado de lo que a su cormano

avía acontecido. Y tanpoco él pensava de acabarla, como su cormano, mas toda vía quiso provar su ventura. Y así se fue para el primer ídolo, que el arco tenía; y así como él movió para provar el aventura, el ídolo hizo señales las cuales nunca avía hecho. Y llegando cerca d'él, flechó el arco muy reziamente; mas Lidamor, que así lo vio flechar el arco, cubrióse bien de su escudo, encomendándose a Nuestra Señora que le diesse gracia de acabar aquella aventura. Mas llegando más cerca el ídolo le tiró la flecha, y fue con tanta fuerça que le falsó el escudo y el arnés, y pasó la flecha por un costado, a raíz de la carne. Viendo el buen Lidamor tirar así al ídolo, arremetió con él muy ligeramente, y quitóle el arco de las manos y luego el ídolo estuvo quedo, que no hizo ningún semblante.

Visto esto por Lidamor, con mucha alegría le quitó el [arco]; dándolo a Roseldos, se fue para el otro ídolo, que la espada tenía. Y llegando cerca d'él, el ídolo hizo muy grandes señales, mas llegando junto con él alçó el espada y dióle tal golpe por el brocal del escudo que se lo hendió hasta las embraçaduras. Visto este gran golpe por el buen Lidamor, arremetió con el ídolo con mucha ligereza antes que otro golpe le diesse, y asíóle del espada con una mano y con la otra tenía el escudo. Y luego el ídolo se estuvo quedo, que ningún mudamiento hizo. Y viendo Lidamor que el ídolo tenía la vaina ceñida, llegóse a él y quitósele de la [cintura] ligeramente.

Esto así hecho, muy alegre con la rica espada y con el rico escudo, se fue para el otro ídolo que el yelmo tenía. Y llegando junto del ídolo hizo muy grandes señales, mas no se curando de todas ellas el buen Lidamor llegóse el ídolo, y travóle por el yelmo y sacósele de las manos; y luego quedó aqueste ídolo como los otros. Y visto por Lidamor la ri-

queza del yelmo, quitóse el suyo y enlazóse aquel en la cabeça, que tan bien le vino como si a su medida fuera hecho.

Y con mucha alegría se fue para el otro ídolo que la corona tenía. Y en llegándole cerca d'él hizo las señales que los otros avían hecho; mas llegando más junto del ídolo hizo semblante de quererla poner en la cabeça. Viéndolo el buen Lidamor, allegóse donde el ídolo se la pudiesse poner en la cabeça, y luego le fue puesta. Y con grande ruido desaparecieron en aquella hora los ídolos que las joyas tenían, diciendo:

—Cumplidas son las profecías del gran sabio Boleno.

Y con un humo muy negro desaparecieron de allí, que más no fueron vistos. (cap. xviii, ff. xxix^{rv}).

2. El Palacio del Cruel Amor

Llegando a los palacios començaron a mirar los ricos edificios que tenía, porque por todas las paredes del palacio estaban figurados notables hechos de cavalleros antepassados, ansí de guerras como de cosas de amores. Ansí mirando, llegaron a las puertas de los palacios, las cuales eran brocadas con clavos de fino oro, y encima de la portada muchos cavalleros y dueñas figurados, sentados en ricas sillas con ramos de flores en las manos derechas y sus letreros que dezían el nombre de cada uno, los cuales los cavalleros miravan con mucha afición; mas como no pudiessen entender las letras por no entender el lenguaje en que estaban, estos no podían saber quién fuesen los cavalleros y dueñas. De que todo lo ovieron mirado, Florantén se arrimó a la puerta del palacio y puxó con las manos por abrir la puerta. Empero, a aquella ora se sintió empuxar tan reziamente que le fue forçado desviarse afuera; y como no viesse quién aquella fuerça le

hiziesse, fue muy maravillado dello; y pensando que fuesse el diablo, començó a se santiguar. Y el cavallero de Alemaña, que le vio de aquella manera, preguntóle la causa dello y de su turbación; mas como Florantén se lo dixesse fue muy maravillado d'ello. Y sin más aguardar se fue a la puerta del castillo y con toda su fuerça provó a querer abrir la puerta, pero como las manos a ella llegasse fue empuxado tan rezio que a mal de su grado dieron con él d'espaldas en tierra.

Empero a esta ora llegó allí Floramonte, el cual de aquello ni de lo que a Florantén avía acontecido no sabía nada, porque avía estado a aquella sazón mirando las estrañas labores que al derredor del castillo estaban. Y como vio a Asidón ansí en tierra y no viesse otro alguno cerca d'él, fue muy maravillado por ello. Y preguntando a Florantén la causa dello, se lo dixo. El cual, como lo supo, puesto caso que dello muy maravillado fuesse, no pudo estar sin reír de gana en ver a Asidón ansí tan maltratado en tierra. Como Asidón se levantó, vínose riendo donde Florantén y Floramonte estaban, diciendo:

—Por buena fe, para mí no está guardada esta aventura ni yo pienso de acabarla tan poco como vós, señor Florantén.

Y él, que mucho avía folgado de lo que a Asidón avía acontecido, riendo le respondió:

—Por buena fe, señor Asidón, igual d'esta aventura sacaremos la honra.

Floramonte dixo ansí:

—Señores compañeros, bien será que riáis de mí ansí como yo de vosotros he hecho, que yo delibro de passar por la aventura que vosotros avéis provado.

Florantén respondió diciendo:

—Por buena fe, señor Floramonte, si esta aventura por bondad de armas se ha de acabar yo creo que provándola vós

daréis cima a lo que nosotros hemos faltado.

Y luego Floramonte se fue a las puertas del palacio, y poniendo las manos en ella començó a puxar muy rezió por abrirlas. Empero, a aquella ora sentió tan gran turbación en sí que no tenía miembro en su cuerpo que no le temblasse; empero con todo esto se esforçó lo más que pudo por abrir la puerta, y tanta fuerça en ella puso que las abrió haziendo el mayor ruido del mundo, tanto que por toda la isla fue sonado.

Florantén y Asidón, que mirando estaban, cayeron en tierra sin ningún sentido. Ansí mismo hizo Floramonte. Y endereçándose, como las puertas fueron abiertas, él cayó entre ellas tal como muerto, y ansí estuvo una pieça. Mas después que en sí tornó, levantóse paresciéndole que de un sueño despertasse, y mirando a una parte y a otra vio muchas figuras de cavalleros en una portada, y ansí mismo vio otra segunda puerta, la más rica y estraña del mundo, porque era de unos jaspes resplandescentes y por ellas engastadas muchas piedras preciosas con todos sus guarnimientos de un fino oro, y encima de la puerta estava un cavallo muy grande y hermoso, hecho de oro, y un cavallero armado sobre él y una espada en la mano y un escudo ente sí, que parecía querer defender la entrada a cualquiera que por allí quisiesse passar. A otra parte de las paredes de la rica portada estava figuradas muchas batallas y cavalleros armados. En esto andava mirando Floramonte muy maravillado en ver tales cosas, y veía grandes letreros entre los cavalleros que dezían sus propios nombres, mas como estuviessen en lenguaje griega y él no la supiesse no pudo alcançar a saber quién fuessen aquellos cavalleros ni qué fuesse aquella aventura. Mirando todas estas cosas, vio a otra parte una compañía de dueñas figuradas

de muy estraña manera, que no parecían sino estar propiamente bivas, entre las cuales avía una que en hermosura passava a todas las otras, y mirándola bien Floramonte, porque la vio estar pareciendo ser señora de todas las otras, <y> vióla un letrero que al parescer devía ser su propio nombre; mas como esto viesse en la lenguaje ya dicha no lo pudo entender Floramonte. A otra parte vio muchos navíos figurados que parecían venir por la mar, de los cuales salía mucha gente de armas en tierra. Ansí mismo vio a otra parte figurada una gran ciudad de la cual parecía salir muchos cavalleros a dar batalla a aquellos otros cavalleros que de la mar en tierra salían. Esto mirava con mucha afición el buen infante Floramonte aziéndole mucho de ver aquello que presente veía, desseando mucho saber qué cosa fuesse aquello.

Y con este gran desseo se fue para la segunda puerta, pensando abrirla como la primera. Pero como las manos él pudiesse para quererla abrir, sentiósse empuxar tan rezió que a mal de su grado le fue forçado apartarse, maravillándose mucho dello. Pero a esta ora estava él con mucho pensamiento por aver sido ansí empuxado sin ver quién lo pudiesse hazer, y no sabía si avía de bolver otra vez a provar a abrir la puerta. Pero estando en este pensamiento vio delante sí un cavallero viejo que al parescer passava de cien años, porque sus barbas y cabellos eran tan blancos como la nieve, el cual le dixo:

—Floramonte, no pienses de acabar aquello que agora cuidado tienes, que sepas que esta aventura no podrás más acabar en ello de lo que ás acabado porque a otro cavallero que passará en bondad de armas a todos los del mundo está otorgada; y sepas que de tu linaje será aquel que á de dar cabo a esta aventura. Y porque sepas qué aventura es esta, sabe que la llaman el Palacio del Cruel

Amor, porque por amor fueron muertos la más parte d'estos cavalleros que aquí ves figurados; y sábete que fueron de los valientes y buenos cavalleros que hasta agora han sido, y tal fue muerto entre ellos que passava en bondad de armas a todos los del mundo. Y, por agora, no cures de más saber.

Y diziendo esto el cavallero viejo, sin que Floramonte le pudiesse más hablar, se desapareció, de lo que él quedó muy espantado y maravillado. Y así se puso a mirar a aquellos cavalleros que el viejo cavallero le avía dicho que avían sido muertos, y mirava con mucha afición a uno dellos, que este le pareció a él ser estremado sobre todos los otros.

Pues en esta ora, Florantén y Asidón bolvieron a sí, levantándose muy espantados por lo que les avía venido. Vieron las puertas del palacio abiertas, de lo que ellos mucho se maravillaron, y viéndolas así quisieron entrar donde Floramonte veían, pero a la entrada de la puerta sentiéronse empuxar tan rezio fuera que les fue forçado apartarse de las puertas; y espantados y maravillados d'esto, se pusieron a mirar las figuras que al derredor de la portada estaban. A esta ora Floramonte andava mirando por todas partes, y viendo sobre todas aquellas figuras una con un libro en las manos, que parecía estar leyendo por él, y un letrado en el braço que dezía el nombre d'él. Mirando todas estas cosas era como el ciego que oye lidiar el [toro] y no lo puede ver. Así estava Floramonte mirando aquello que allí estava figurado, que lo veía todo en muy estraña manera y no podía saber qué fuesse aquello ni quién ellos fuesen. Después que allí una pieça estuvo mirando aquello, que gran sabor avía de lo ver, salió afuera, donde Florantén y el cavallero de Alemaña estaban, los cuales le recibieron con mucha alegría, preguntándole por lo

que le avía acaescido y lo que allá dentro avía visto. Floramonte les dixo:

—¿Por qué causa vosotros no entrastes a lo ver?

Florantén le contó por qué lo avían dexado de hazer, de lo que mucho Floramonte rió, y díxolos todo lo que dentro avía visto. Solamente les dexó de dezir cómo de su linaje avía de ser quien la acabasse. Así mismo les contó cómo avía querido entrar por la segunda puerta, y lo que en ello le avino, de lo que [Florantén] fue muy maravillado; y riendo le dixo:

—Parésceme, señor Floramonte, que tan bien os hizieron a vós a mal de vuestro grado apartar afuera a la segunda puerta, como a nosotros a la primera.

Y hablando en esto y en otras muchas cosas fueron mirando todo el muro de la huerta, al derreror de la cual vieron muchos animales, así ciervos como puercos y otros muchos animales de muy estraña hechura, y muchas aves de rapiña y otras muchas aves menudas que por muy hermosos árboles estaban asentados al derredor de la huerta. Así anduvieron todo el cerco de la huerta y no hallaron puerta ninguna que a ella entrasse. Pues viendo los cavalleros que no hallavan otra cosa ninguna de ver, viendo que ya la noche se venía, bolviéronse a la parte do sus cavallos avían dexado. (cap. xli, ff. lxiii^r-lxv^r).

3. La copa de oro encantada

Dize la historia que Lidamor ovo mucha vergüença de lo que el Emperador le dezía, que la copa diesse, y hincó las rodillas ante él diziendo:

—Suplico a la vuestra merced que no me quiera echar tan gran cargo, que muy mejor las donzellas la tomarán de la mano de vuestra merced que no de la mía.

El emperador dixo:

—Toda vía, cavallero, a vós conviene darla a la donzella que a vós os pareciere, porque yo creo, si la diesse a mi hija la princesa, dirían que el amor de padre me avía cegado el entendimiento para que no viesse que otra más hermosa que ella avía.

El Cavallero Anciano, que vio la porfía que el Emperador y el Cavallero del Dios de Amor tenían, dixo así:

—Bien la pueden provar, señor, todas las donzellas, y así á de ser para que ninguna quede quexosa; que, cierto, la que estremada fuere sobre todas las otras su hermosura, aquella dará cabo de la aventura. Y mi parecer sería que la señora princesa la diesse a sus donzellas, porque alguna d'ellas no quedase quexosa.

Lidamor, que mirando avía estado la gran hermosura de la princesa, no pudiendo sus ojos partirse de mirar aquella que su corazón dava mucha holgança su vista sintiendo la libertad que hasta aí tenido avía presa por la vista de aquella princesa, por manera que su corazón era tan atormentado por la vista de aquella hermosa princesa que no parecía sino quererle salir de las carnes. Aquella hora el nuevo amante se sintió muy apassionado, aviendo perdido todas las fuerças de su corazón, por manera que quien en su rostro mirara bien conociera la nueva pasión d'él. Pues en esto, no dexava de salirle alguna sangre entre las yunturas de sus armas, de las heridas que de la batalla avía avido, mas el acongoxado cavallero no las sentía según la pena que su corazón sentía. Mas el emperador, que bien mirava en él, viendo salirle la sangre que le salía, díxole así:

—Bien será, cavallero, que os vays a curar, y después se podrá provar el aventura de las donzellas.

Y llegándose a él, le rogó que se quitasse el yelmo. Viendo Lidamor el mandado del emperador, luego se lo quitó

de la cabeça, quedándole en ella un bonete de carmesí muy rico a maravilla. Sus rubios cabellos esparziéndosele sobre los ombros, quedó su rostro descubierto, el cual era tan blanco como una nieve, el cual aquella hora era tan colorado y [hermoso] que todos cuantos lo miravan fueron maravillados. Así lo fueron todas las donzellas y grandes señoras que allí estavan. Mas viendo la princesa la gran hermosura del Cavallero del Dios de Amor junto con su gran valentía, fue aquella ora su corazón traspasado de la flecha amorosa que el dios Cupido le tiró, por manera que su corazón aquella ora fue tan atormentado en los amores del buen cavallero perdiendo la libertad que hasta allí había tenido, aquella ora se halló sujeta y sojuzgada de falso amor, que a ninguno no perdona; pues con esto, no partía los ojos de aquel que toda su libertad le había hecho perder.

Lidamor dixo:

—Pues la vuestra merced manda que yo la copa dé a las donzellas, razón es que su mandado sea cumplido.

Luego tomó la copa y fue hincar los inojos ante la princesa, la cual no partía sus graciosos ojos d'él, y demandóle la mano para besársela; ella la tiró a sí, no queriéndosela dar. Viendo la princesa al cavallero ante sí de inojos, aquel hermoso cavallero en quien ella tan verdadero amor avía puesto, fue tan turbada que no pudo hablar palabra ninguna. Mas aquella ora se le paró su rostro de color de un resplandesciente rubí.

El emperador, que vio que el cavallero estava de inojos ante su hija, fue muy alegre porque el cavallero a ella quería dar la copa; y mirándola, le hizo señas que hiziesse levantar al cavallero. Ella, con mucha vergüença, le echó sus graciosas manos al cuello y lo hizo levantar. Viendo Lidamor las manos de su señora la princesa sobre sí, fue tan alegre en su

coraçón que más no podía ser, y parecíale que estava en un hermoso jardín donde muy hermosas flores avía, entre las cuales avía una rosa resplandesciente que a todas las otras flores escurecía sus hermosuras. Pues con esto, el nuevo amador con mucho atamiento tendió su brazo y dio la copa a la princesa, diziendo:

—Suplico a la vuestra merced, señora Princesa, que aquesta copa quiera tomar como de un cavallero que mucho dessea servir al emperador, vuestro padre, y a la emperatriz, vuestra madre, y a vós como hija suya y como a la más hermosa donzella que en el mundo áy.

La princesa la tomó, diziendo:

—Tomarla he yo, señor cavallero, por averla conquistado tan preciado cavallero como vós y por ser de vuestra mano, pero no porque aquí no aya donzellas que más con razón le podía ser dada.

Y tomando la copa en la mano, se bolvió contra la infanta Claricia, diziendo:

—A vós la dó yo, señora Claricia, en señal que en vós ay todo cumplimiento de gracia y hermosura.

La Infanta la tomó, diziendo:

—Por no desdecirvos, señora, seráme forçado tomar la copa. Empero, bien veo que ay aquí otras donzellas tan hermosas con quien yo en esta parte no me podré igualar.

Y diziendo esto, la dio a Orimalda, hija del Rey de Dinamarca, la qual la tomó diziendo:

—Como yo, señora Claricia, sepa que esto [a mí más val] por cortesía que por razón, la tomaré. Que, cierto, a la hermosura de la señora Princesa y vuestra ninguna de todas nosotras no podremos igualar.

Y diziendo esto, la dio a Filiberta; la cual, después de aver hablado y dado las gracias a la Infanta por ello, la dio a la infanta Arinda, hija del Rey de Ircania, la cual, aunque pagana era, no dexava de ser tan estremada en hermosura y en dis-

creción como la que más lo fuesse en la casa del emperador, dexando aparte la princesa Floriana, que aquesta par en el mundo no tenía; la cual, después de aver dado las gracias a [Filiberta], diola a Vimanda, hija del Conde de Flandes; y así fue dada a todas las otras donzellas que con la princesa estavan. A la que a la postre fue dada fue a [Armenisa], hija del Conde de Gelandia. Esta, aunque no era hermosa, era muy graciosa en hablar, y dixo:

—Por mi fe, yo soy avida por la más fea de todas y soy la postrera a que la [copa] á sido dada. Pero yo seré la primera que por ella beva, y yo amo tan lealmente que entiendo de acabar el aventura. ¡Bien creo que alguna se arrepentirá por no la aver provado primero que me la diesse!

Y diziendo aquesto la puso a la boca y bebió por ella, mas la copa no hizo más mudamiento que si por ella no ovieran bevido, por lo cual la princesa y todas sus donzellas rieron de gana.

Armenisa la dio a otra donzella que llamavan Filidessa, hija del Duque de Jasa. Esta era muy hermosa y amava de todo su coraçón a Florantén de Atenas, el cual así mesmo la amava a ella. Aquesta donzella tomó la copa, diziendo:

—Yo amo de coraçón aquel buen cavallero Florantén de Atenas, por lo cual, si por amar lealmente se á de acavar esta aventura, yo prometo de nunca amar otro si aquel no.

Y, diziendo esto, puso la copa a la boca y bebió por ella, mas no hizo más que a Armenisa avía hecho, y con mucha vergüença la dio a otra donzella que llamavan Arpiona, hija del Marqués de Brandanburque. Aquesta era muy estremada en hermosura, la cual tomó la copa y, preciándose mucho en su hermosura, tomó la copa y bebió por ella, mas no hizo más que las primeras avían hecho. Así hizieron muchas donzellas

que por evitar prolixidad aquí no son dichos sus nombres ni quién sean, mas de cuanto no hizieron más que las primeras.

Filiberta tomó la copa, diziendo:

—Dios sabe cuánto mi corazón sería alegre si yo fuesse amada del Cavallero del Dios de Amor.

Y pensando esto en su corazón, bebió por la copa, pero no hizo más de beber del agua que en ella estava. Y luego fue dada a la infanta [*Arinda*], pero no hizo más que Filiberta; y luego fue dada a la infanta Orimalda, hija del Rey de Dinamarca. Y esta infanta era en extremo hermosa y cumplida de todas gracias y beldad, tanto de d'ella a la infanta Claricia avía muy poca diferencia, salvo que esta infanta era más blanca y alta de cuerpo y la infanta Claricia era menor de cuerpo y de más color en el rostro. Pues, la infanta Orimalda tomando la copa en la mano, bebió por ella, pero no hizo más que la infanta [*Arinda*], por lo cual con mucha vergüença la dio a la infanta Claricia, que la tomó con mucha alegría diziendo:

—Pues vós, señora Orimalda, faltastes d'esta aventura, bien creo que a mí será por demás provar. Pero, por passar por la ventura que, señora, passastes, holgaré de la provar por vos tener compañía.

Orimalda le respondió:

—En vós, señora, ay tanta hermosura que daréis cabo a lo que nosotras faltado hemos.

La infanta Claricia, aunque d'esto hablasse, no dexava en sí de pensar que acabaría aquella aventura por el verdadero amor que tenía a Animor el Hermoso. Y pensando en esto, puso la copa a la boca y, así como ella comenzó a beber, Moribella se levantó en pie. Todos pensaron en la ver levantar que la infanta Claricia avía acabado la aventura, y lo mismo pensó la princesa Floriana, a la cual mucho le pesó, porque mucho quisiera ella provar aquella aventura por dar

a entender al su nuevo amante el grande amor que le tenía.

Pero, en esto, el buen cavallero Lidamor no cessavan sus ojos de contemplar la gran hermosura de la princesa, y dezía en su corazón que en el mundo no se podría hallar más acabada donzella en hermosura y beldad; y con esto era su corazón atormentado de aquellas passiones que los leales amadores suelen tener. Pues la Princesa, así mismo, lo mirava muchas vezes, no pudiendo encubrir el mucho amor que en él avía puesto.

En esto, Moribella se bolvió a sentar como antes estava, sin hazer más mudamiento del que hecho avía en se levantar. Y visto esto por la princesa, fue la más alegre del mundo. Y, tomando la copa de la mano de Claricia, dixo entre sí:

—Cierto, si por amar lealmente aquesta aventura se á de acabar, yo creo de acabarla según el amor que a este cavallero he puesto, tanto que de mí no soy señora.

Y con esto alçó, como que mirava al emperador, su señor; y, como viessé que todos tenían los ojos en ella, no osó mirar al cavallero, mas con mucha esperanza de acabar la aventura comenzó a beber. Como ovo bevido parte del agua, y apartado la copa, la piedra saltó tan reziamente y con tanto ímpetu que la parte del agua que en la copa quedava se derramó y mojó la cara a la princesa, y así mismo alguna parte le cayó a la infanta Claricia, que cerca estava. Pero la princesa fue tan espantada del gran ruido que la piedra hizo que dexó caer la copa en el suelo. Pero a esta ora se levantó Moribella de donde estava assentada, y hincando las rodillas ante la Princesa, diziendo:

—Los dioses, que todo el poder tienen, alta Princesa y señora, te den el galardón por el gran beneficio y mercedes que oy por ti me han sido hechas en bolverme mi habla, que gran tiempo avía que perdida tenía. Certo, vós sois la más acaba-

da donzella en hermosura y en lealtad que entre las nascidas son, pues esta aventura a vós la otorgaron los dioses.

La princesa, que ya en sí avía tornado, la levantó suso, diciendo:

–Buena amiga, d'esto no tenéis qué me agradecer, porque obligada era yo a ponerme en provar esta aventura por librar tan alta señora como vós.

La princesa estava tan alegre por aver acabado el aventura que muchas vezes alçava sus graciosos ojos, mostrándolos favorables a aquel que de su coraçón ella era señora. Pues el emperador y la emperatriz fueron los más alegres del mundo en ver que su hija avía acabado el aventura que todas las otras avían falta-

do. Y con esto tomó de la mano al buen cavallero Lidamor d'Escocia, diciendo:

–Vení, buen cavallero, conmigo a mí palacio, y seréis curado de vuestras heridas.

Lidamor, que el más alegre cavallero del mundo estava por aver su señora acabado aquella aventura, se baxó con el emperador del miradero. Ansí mismo baxó el Cavallero Anciano, llevando de la mano al príncipe Alande, que apenas en los pies se podía tener por la mucha sangre que avía perdido. Todos aquellos grandes señores y señoras no hablaban de otra cosa sino de la gran hermosura y valentía del Cavallero del Dios de Amor. (cap. liii, ff. xciii^r-xcv^r).

53. MARSINDO

(principios del siglo xvi)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIO

[1] Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid): Ms. 9/804 (*olim*. L.75) [→]

TEXTOS

1. Nacimiento de Marsindo

Ya vos avemos contado cómo después de ser salida de la prisión y escapada de la gran tormenta de la mar Gracisa, hija del enperador de Costantinopla y muger de Serpio Lucelio, fue llevada por un mercader del reino de Ungría a una villa puerto de mar llamada Tenisa; que siendo Gracisa llevada a casa del mercader se sintió preñada y estuvo

allí asta que parió un niño a maravilla hermoso, y le puso nonbre Marsindo por aver sido engendrado en la mar. Y después que ella de allí partió con virtos [***], fue destruida y robada la villa de Tenisa de los moros [***] gran hueste que venía contra el enperador de Costantinopla. Entre los muchos que cativaron en aquella villa, fue cautivada Inestra el ama que criava a Marsindo; teniéndolo ella en braços, que jamás lo quiso desanpa-

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín Pina: nº 1849. **ESTUDIO:** Lucía Megías (1996: 72-73).